

Alfredo Lèal

Dar  
*(el)*  
nombre

Notas de trabajo en torno  
a las relaciones entre  
autor y editor en Occidente





Dar (el) nombre



Carlos Sánchez Gaitán  
**Rector**

Felipe César Londoño López  
**Vicerrector Académico**  
**Vicerrector de Investigación, Creación e Innovación (E)**

Liliana Álvarez Revelo  
**Vicerrectora Administrativa**

Marco Giraldo Barreto  
**Jefe editorial**

Alfredo Lèal

# Dar (el) nombre

Notas de trabajo en torno  
a las relaciones entre autor  
y editor en Occidente

Lèal, Alfredo

Dar (el) nombre: notas de trabajo en torno a las relaciones entre autor y editor en Occidente / Alfredo Lèal. - Bogotá: Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2025. 216 páginas ; 13x20 cm.

ISBN 978-958-725-582-5

1. Filosofía del lenguaje. 2. Literatura - Aspectos sociales. 3. Semiótica y literatura. 4. Edición y publicación. I. Tit, CDD 801.95

© Alfredo Lèal, 2025

© Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, 2025

#### **Fundación Universidad de Bogotá**

#### **Jorge Tadeo Lozano**

Carrera 4 n.º 22-61 Bogotá, D.C., Colombia

PBX: 2427050 – www.utadeo.edu.co

Hecho el depósito legal que establece la ley

ISBN impreso: 978-958-725-582-5

ISBN digital: 978-958-725-583-2

doi: <https://doi.org/10.21789/9789587255825>

Primera edición, 2025

#### **EQUIPO EDITORIAL UTADEO**

Marco Giraldo Barreto

#### **Jefe editorial**

Sylvana Blanco Estrada

Susan Heilbron Luna

#### **Diseño editorial**

Juan Carlos García Sáenz

#### **Coordinación revistas científicas**

Sandra Guzmán

#### **Distribución y ventas**

Lorena Galindo Guerrero

#### **Asistente administrativa**

#### **EDICIÓN**

Tomás Vásquez Saldarriaga

#### **Corrección de estilo**

Susan Heilbron Luna

#### **Diseño de portada**

Susan Heilbron Luna

#### **Diagramación**

DGP Editores S.A.S

#### **Impresión**

En nombre de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano le agradecemos a usted, el lector de esta obra, por apoyar el trabajo de todas las personas que hacen posible que el conocimiento llegue a sus manos al adquirir este texto de manera legal, así como el interés por el conocimiento que producen nuestros investigadores, y el apoyo que pueda darnos para que éste tenga un mayor alcance.

Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano | Vigilada Mineducación. Reconocimiento de personería jurídica: Resolución No. 2613 del 14 de agosto de 1959, Minjusticia. Acreditación institucional de alta calidad, 6 años: Resolución 007576 del 20 de mayo de 2024, Mineducación. Impreso en Colombia - *Printed in Colombia*  
© Fundación Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin autorización de la universidad.





# Índice

Prológo .....	011
Notas de trabajo .....	021
Bibliografía citada en el libro .....	187
Otra bibliografía de consulta .....	193
Anexos .....	197



# Prólogo

El libro que presentamos a continuación es un ensayo. Ensayo como puede entenderse desde un género literario, pero también ensayo como intento, como resultado del verbo ensayar, que no solamente significa intentar sino poner a prueba. Y en este ensayo, y con este ensayo, Alfredo Lèal pone a prueba no solo las preconcepciones que tenemos sobre creadores, autores, editores, libros y cultura, sino también el nombre mismo, dado por el hombre.

Dice Carlo Rovelli —un físico italiano que ha dedicado su vida a estudiar fenómenos del universo que rompen los límites de nuestro entendimiento—, en su libro sobre los agujeros blancos, algo que me resuena mucho sobre las notas que se presentan a lo largo de este libro: «Decidir» es el nombre que damos a este complicado proceso que se desarrolla entre neuronas antes de una acción». Y sigue: «El mundo puede evolucionar, como resultado de nuestra libre decisión, hacia dos mundos diferentes». Y digo que resuena porque, como mostrará Lèal, lo que se ve es que el hecho de dar (el) nombre es un cadena de decisiones, de desequilibrios de la inercia del mundo, que parten de esa complejidad humana maravillosa que es el lenguaje y que, en este caso, decantan en la exploración de los agentes del cosmos editorial que mencioné arriba.

Lèal nos pone a prueba con su prosa. Y no solo por su propuesta que puede parecer compleja, sino porque para quienes trabajamos en el sector editorial y en la gestión cultural

a veces la relación con el libro es difícil. Muchos lectores romantizan la idea del (objeto) libro y lo desligan del sistema industrial en el cual está inmerso. Lèal apuesta por afirmaciones provocadoras que nos hacen replantearnos el aura mística del libro y que aterrizan en una forma más terrenal: el libro como objeto del mercado en el sistema capitalista. «El capitalismo no le estorba a la industria editorial. Al contrario», dice en una de sus notas. Y frente a esa idea, como editor, no puedo sino dejar derrumbarme por ese golpe de realidad. El oficio de hacer libros es la respuesta a que la literatura y la Literatura (para hacer un guiño a Lèal) perduren, aunque literatura y Literatura parezcan la antítesis de una y de la otra. «Si la Literatura, entendida como la articulación de lo social en las formas que adquiere su representación al haber sido nombrada, circula a través del libro, espacio de intercambio de valores en el tiempo, tal vez sea posible decir que ese tiempo es fundamentalmente el tiempo rutinario. La “literatura”, en cambio, reproduce una forma del libro, su forma plusvalor, en cuanto este se constituye como el espacio de la posibilidad de escenificación de lo político, es decir, en cuanto a que el tiempo al interior de esta forma de libro es el tiempo extraordinario, excedentario».

Hay una cierta ambivalencia que se va desnudando en las notas. Unas capas de significado que son crítica en varios estratos y que nos hacen dudar de las certezas que podríamos tener sobre el lenguaje, sobre la cultura y los bienes culturales —«bienes culturales», un término que nos replantea también la idea de cultura y que nos hace pensar en que el capitalismo también media esa esfera que creemos profundamente humana—. Una ambivalencia que se da también por esa fórmula clave en la lectura: el paréntesis como

recurso para mostrar también caminos, rumbos, estratos de comprensión, maneras de leer que, como en los *Cuentos para jugar* de Gianni Rodari o en *Rayuela* de Cortázar, están ahí para que lectoras y lectores creen significado, den (los) nombres. Sean estos los caminos los que se bifurquen a quienes llegan con curiosidad a este ensayo, y que su lectura sea viva y crítica. Es justo ese deseo el que nos inspira, como autores y editores, a seguir dando (los) nombres. A creer en comunidades lectoras. A hacer comunidad.

MARCO GIRALDO BARRETO

Bogotá, octubre de 2025



Para Óscar Gallardo Frías, compa.

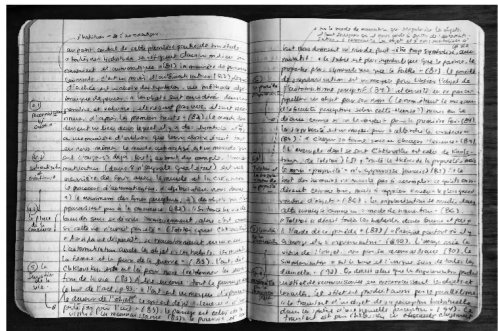
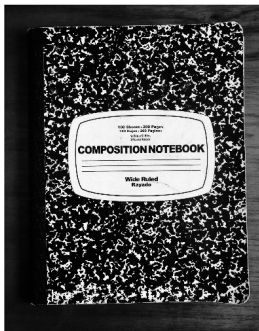


Hubo pueblos y países y hubo hombres con memoria  
Claramente digo que este fue el mundo del hombre

HÉCTOR RICARDO SOULÉ



[Las notas que conforman este ensayo fueron escritas en Ciudad de México, Barcelona, París, Niza, Puebla, Morelia, Cali, Turín y, al fin, otra vez, Ciudad de México, entre 2015 y 2020, en 3 cuadernos como este:



La forma, fundamentalmente narrativa, en la que están dispuestas pretende dar cuenta, más que de la materialidad de los cuadernos, del proceso de pensamiento y argumental que las motivó, así como de la idea que tratan de construir.]



# 1.

Toda comunidad, en cuanto colectividad y principio mismo de las sociedades, se fundamenta en los nombres que sus miembros le asignan a las cosas de la realidad que los rodea. El problema consiste en nombrar, en darle nombre a algo, en dar (el) nombre, pues este, incluso si es provisional, nunca es dado, es decir, no proviene de ninguna parte, sino que es siempre un nombre que *damos*, que *estamos dando*, uno que (quizá, primero) *nos damos* para (luego, tal vez) darlo, porque el nombre que le damos a las cosas de la realidad que nos rodea, antes de haber sido enunciado, se elige en el pensamiento.

# 2.

La materia lingüística, dice De Saussure, está formada por dos abstracciones, «la idea y el sonido», que se encuentran en un estadio anterior a la constitución propiamente dicha del *signo* al interior de lo que Derrida llamará la metafísica de la presencia, el discurso paralelo al relato de la historia. Un signo solo puede ser tal si es inmutable, fijo, reconocible. Según Derrida, «Un signo que no ocurre sino “una sola vez”

no sería un signo. Un signo puramente idiomático no sería un signo. Un significante (en general) debe ser reconocible en su forma a pesar y a través de los caracteres empíricos que pueden modificarlo».

### 3.

El nombre, en cuanto signo, es un ser social.

### 4.

Si el signo concreta la idea y esta se da solo en el pensamiento, ¿cómo se efectúa esa labor, ese trabajo de concreción? «Psicológicamente, y haciendo abstracción de su expresión por las palabras», dirá De Saussure, «nuestro pensamiento no es más que *una masa amorfa e indistinta*.

Filósofos y lingüistas han coincidido siempre en que sin la ayuda de los signos seríamos incapaces de distinguir dos ideas de forma clara y constante. Considerado en sí mismo, el pensamiento es como una nebulosa donde nada está delimitado necesariamente. No hay ideas preestablecidas, y *nada es distinto antes de la aparición de la lengua*». Esta conceptualización de la lengua como aquello en lo que ya desde este primer momento es posible reconocer un trabajo indistinto nos permite, asimismo, vislumbrar el otro nivel de la operación que consiste en dar (el) nombre, es decir, la *naturaleza*, que podríamos definir como ese espacio donde «nada es distinto antes de la aparición de la lengua». ¿Dónde ubicar el material de esta operación? Precisamente en el signo lingüístico y su arbitrariedad. De Saussure insiste en que «lo arbitrario del signo nos permite comprender mejor por qué el hecho social es lo único que puede crear un sistema lingüístico. La colectividad es necesaria para establecer valores cuya única razón de ser está en el uso y en el consenso general; el individuo por sí solo es incapaz de fijar ninguno». El signo, desde su apareamiento, no tiene otra forma que aquella de un producto socialmente necesario, el producto del trabajo mismo con la naturaleza. Y todo signo es, ante todo, un nombre; o bien, todo nombre es el producto de un trabajo.

## 5.

Un nombre que *se* (nos) da proviene de la realidad en cuanto naturaleza otorgándonos una materia para trabajarla. Las sociedades están vivas porque todas comienzan siempre con ese trabajo que consiste en dar (el) nombre, un trabajo que no es sino el exacto correlato de la existencia misma de las cosas de la realidad. Toda comunidad, toda colectividad, toda sociedad se funda en el trabajo. «El hombre tiene como materia —dicho en palabras de Engels— su propia socialidad, y esto es para él lo fundamental, de modo que cumple su reproducción en el nivel físico sólo de manera subordinada a la reproducción de su identidad social», afirma Bolívar Echeverría. Y continúa: «El hombre es el sujeto que primaria y fundamentalmente está reproduciendo su identidad, su forma, y que para hacer esto cumple de una cierta manera las funciones de reproducción física o animal».

## 6.

La pregunta, demasiado obvia quizá, para iniciar el análisis de las sociedades como fundamentadas en el nombre que los miembros de una comunidad le dan a las cosas de la

realidad que los rodea, puede tal vez formularse del siguiente modo: ¿para qué nombramos, para qué damos (el) nombre? En primera instancia, se da (el) nombre para poder asir —en concreto— ese algo que nos es exterior, que nos mira desde su lejanía de objeto susceptible precisamente de ser objetiva-ble, que nos amenaza y, al mismo tiempo, en un movimiento inverso, nos convierte en sujetos de lo que hemos nombrado. El individuo solo es tal en relación con la colectividad en tanto haya ejercido su derecho y su responsabilidad (social) de dar (el) nombre. Ese es el fundamento de la ética.

## 7.

Nombramos para seguir siendo o, más claramente, para no morir, o bien para no hacerlo en el vacío del silencio que ensordece, en el vacío de la ley que debe por fuerza incorporarse para adquirir una dimensión visible.

## 8.

Proveniente de Dios, quien lleva las cosas delante del hombre para ver qué nombres les da(rá), para que estas tengan el nombre que el hombre les dé, la nominación adánica consiste en una donación primera, originaria, que, en el mismo acto, no solo da al hombre el objeto sino la posibilidad de hacerlo suyo, de incorporárselo [anexo A].

## 9.

La mujer —en hebreo, un juego de palabras: *iš*, es decir, hombre o varón, e *iššah*, mujer, o, literalmente, varona— es desincorporada, descarnada del propio (cuerpo de) Adán; (con) su nombre (se) cierra el círculo de la ley impuesta a Adán por Dios, la cual no es otra que la ley del trabajo. La realidad misma y eso que identificamos como las cosas de la realidad que nos rodea, es decir, la naturaleza, contiene ya en sí la posibilidad del trabajo en tanto imposición de Dios al hombre. Falsa es la idea, pues, de que el trabajo es consecuencia del castigo por haber comido del árbol de la ciencia, pues la ayuda que le da Dios al hombre —de entrada, el término mismo de *ayuda* implica ya una responsabilidad

conjunta con respecto al resto de la creación— sella el pacto de una primera y originaria labor, esa de la donación del nombre: (todo) el trabajo consiste en dar (el) nombre. En la nominación adánica, sin embargo, la mujer (es) parte del cuerpo del hombre. Con la clausura de ese primer dar (el) nombre, se abre, a su vez, el futuro para la colectividad, la diferencia primera e irreversible o la posibilidad de la ley en sí misma, pues la ley sin cuerpo es apenas un simulacro: el hombre por sí solo no es nada, ni individuo ni principio de colectividad ni germen de la sociedad. En la nominación adánica, porque en esta se excluye la incorporación de la mujer o, más exactamente, porque la mujer es desincorporada, descarnada del hombre, toda la naturaleza nombrada le pertenece al hombre y a la mujer, su ayuda, como apoyo para un trabajo que siempre ya está realizando, y no, nunca, como principio de propiedad privada. La vida misma no es otra cosa que el trabajo con ese material que nos da la naturaleza y el primer trabajo, que contiene ya todos los demás en potencia, es aquel de dar (el) nombre.

## 10.

El segundo momento de la instancia originaria de la nominación, es decir, el resultado de la ley incorporada a través del nombre, es cuando nombramos para abrir un espacio de

significación, un sentido, un hueco en la superficie total de los significantes o la realidad saturada de cosas para que en ese sentido, en esos sentidos, se pueda establecer la posibilidad de la colectividad, de la comunidad que funda lo social. Esto que llamamos apertura, a este nivel, al menos, es la primera condición de la sociedad que se encuentra en germen en lo comunitario, en el principio de colectividad, ahí donde podemos ver la disolución del objeto en el acto de dar (el nombre. Ampliando la nominación adánica, ese objeto siempre ya nos trasciende en cuanto es la huella de Dios con la que tenemos que vérnoslas desde el momento en el que es posible decir que *hay* naturaleza. Esa apertura no es otra cosa que la reciprocidad. «Desde la perspectiva de los cazadores-recolectores», dirá Kojin Karatani, «un Eso puramente objetivado no existe: todo es Tú. Éste se equipara a los espíritus. En las sociedades de clanes sedentarios, una actitud Yo-Eso emerge. La sociedad de clan no es primitiva; al contrario, nos abre una posibilidad de futuro».

## 11.

En su texto «La palabra. Donar, nombrar, llamar», recopilado junto con otros textos sobre Paul Ricœur en el número que los *Cahiers de l'Herne* le dedican al filósofo de la fenomenología del hombre actante, Derrida consigna este momento,

este movimiento que consiste en nombrar, en dar (el) nombre, como una aporía a las puertas de la muerte. «Una última metáfora ‘viva’, en el momento de firmar este testimonio de admiración y de fidelidad. Me parece que nosotros compartimos siempre una creencia, un acto de fe, los dos, cada quien a su manera y desde su lugar propio, su lugar de nacimiento, su ‘perspectiva’ (sí) y la única ‘puerta de la muerte’. [...] Esta creencia nos compromete, como una palabra dada. Ella nos da, nos llama a saber una cosa simple e increíble que figuraría de este modo: por encima o a través de un abismo infranqueable que no supimos nombrar, pudimos sin embargo hablarnos y escucharnos. E incluso, otro don que recibo [de Ricœur], llamarnos». Esta reciprocidad, que para Derrida es la reciprocidad de la metáfora y que podríamos definir como *llamarse-mutuamente* o *llamarse-anticipadamente*; más aún, este «abismo infranqueable» de la creencia o de la fe en que algo más allá es posible precisamente porque podemos dar (el) nombre en cuanto principio de reciprocidad, en cuanto donación; es ahí donde el problema consiste en —o se traslada a— la comunidad que se inaugura con ese acto, el acto comunitario que se abre en esa donación. La reciprocidad no puede ocurrir si no es en medio de dos nombres, es decir, en ese abismo infranqueable «que no sabemos nombrar».

## 12.

La preocupación por el nombre está en el seno de la corriente histórica e historiográfica propuesta por Marc Bloch. «Nada es más difícil para un hombre que expresarse acerca de sí mismo, los términos más usuales no son nunca sino aproximaciones. [...] Otras realidades, muy vivas, no pudieron encontrar las palabras que necesitaban. Un obrero de nuestros días habla con facilidad de su conciencia de clase, por muy débil que sea. Ese sentimiento de solidaridad razonada y estructurada en ningún lugar se ha manifestado con más fuerza ni con mayor claridad que entre los jornaleros de nuestras tierras del norte hacia finales del Antiguo Régimen; diversas peticiones y algunos cuadernos de 1789 nos han conservado desgarradores ecos de ello. Sin embargo, el sentimiento no podía nombrarse en ese momento, porque todavía carecía de nombre». La comunidad, en cuanto principio de la sociedad, puede entenderse precisamente como este sentimiento de «solidaridad razonada y estructurada» entre todas y todos, lo cual, en oposición al sentimiento de (pertenencia a una) nación —que, por lo común, no se genera constantemente sino que se aplica, se aprehende, se va nombrando...—, habla de un trabajo colectivo, del punto de encuentro, el nombre, de todos los trabajos de todas las mujeres y todos los hombres.

## 13.

Dar (el) nombre es abrir la puerta (de la muerte) de la comunidad, de lo comunitario. Dice Canetti: «La muerte, por la que en realidad cada uno está siempre amenazado, debe ser anunciada como *sentencia colectiva* para que sea enfrentada en forma activa. Hay, por así decir, *épocas declaradas de muerte* en las que se vuelve sobre un determinado grupo escogido arbitrariamente como total. “Ahora es contra los franceses” o “ahora es contra todos los alemanes”. El entusiasmo con que los seres humanos reciben semejante declaración tiene su raíz en la cobardía del individuo ante la muerte. Nadie desea enfrentarse a ella solo. Es ya más fácil hacerlo por parejas, cuando dos enemigos ejecutan la sentencia recíprocamente; y ya no se trata de la misma muerte cuando van miles juntos al encuentro. Lo peor que puede pasarles a los hombres en una guerra, el que perezcan *juntos*, les ahorra la muerte como individuos, que temen por encima de todo». Al ser nombrada, toda comunidad es un lugar en el que se ha instalado ya la muerte no solo como un futuro sino como el único acto verdaderamente irrevocable y, por tanto, como lo único presente. Hace falta siempre, entonces, un nombre (provisional) para definir, diferenciar, singularizar todo lo que sucede mientras la comunidad, y, más allá, las sociedades, no mueran: un segmento de la historia, una costumbre, una práctica, o bien, mejor dicho, una serie de prácticas, pues la práctica siempre se inscribe en una continuidad, es decir, no hay *una* práctica en singular sino siempre ya prácticas y estas se determinan por su relación entre sí pero también, sobre todo, porque son

catalogables en cuanto a su especificidad, sistemática o no, con respecto a otras series de las que difieren. Nada se efectúa en el vacío. Una práctica es, por ello, siempre serial en el sentido de una conformación diferenciada que requiere un nombre (provisional). Es preciso preguntarnos —antes tal vez de haber (dado el) nombre, a saber, en el momento anterior a aquel en el que nos damos el nombre para, recíprocamente, instantáneamente, recibirlo— cómo se constituye una práctica serial en la que nos sabemos contenidos, aunque sea solo, y no es poco, para (ver al otro) recibir una parte de nuestra propia donación en *otra* forma, para formar parte de la comunidad y, con ello, también, de la muerte; no es posible actuar sin saber en qué dirección se ejerce una práctica serial específica, y podríamos incluso decir que no hay salida a la responsabilidad, a la ética o, lo que es lo mismo, que todas nuestras prácticas son conscientes, en el sentido en el que siempre ya son cada una, en sí misma, una práctica serial. De este modo, quizá sea posible encontrarnos frente a lo que define nuestra posición en la comunidad a la que pertenecemos cuando damos (el) nombre, momento que determina nuestro posicionamiento *en* (la) sociedad en cuanto homogeneidad.

## 14.

De acuerdo con Laclau, «la homogeneidad social es lo que constituye el marco simbólico de una sociedad —lo que hemos llamado la lógica de la diferencia. Puedo moverme de una institución a otra, de una categoría social a otra, no porque exista una conexión *lógica* entre ellas [...] sino porque todas las diferenciaciones se requieren y se refieren las unas a las otras dentro de un conjunto sistemático. El lenguaje en cuanto sistema de diferencias es la expresión arquetípica de esta interconexión simbólica. Una primera forma de heterogeneidad emerge cuando [...] una demanda social no coincide con ese sistema: la demanda es un *exceso* de lo que es diferencialmente representable en su interior. Lo heterogéneo es lo que carece de cualquier locación diferencial dentro del orden simbólico». La homogeneidad social es el revés de la conexión figural de Auerbach, para quien existe «una conexión entre dos acontecimientos que ni temporal ni espacialmente se hayan enlazados». Frente a la lectura que busca en el texto, y, más aún, en la intertextualidad, conexiones figurales, centrar la atención en el nombre como articulador de lo social plantea acceder directamente a la dimensión temporal del texto, es decir, la lectura desde el nombre se plantea en el vacío de la demanda. Mientras una lectura como la que plantea Auerbach ha trazado y respondido a todas las demandas, la lectura que buscamos, en cambio, plantea la posibilidad de que se le demande algo diferente al texto en cada ocasión. La de Auerbach es, pues, una teoría de lo homogéneo que no acepta la diferencia, mientras que la que proponemos, siguiendo a Laclau, es una

lectura heterogénea donde lo único que es posible que se dé es precisamente lo diferente, lo que aún no tiene locación, lo que carece de nombre.

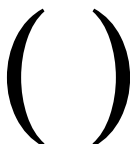
## 15.

¿De qué modo nombramos —es decir, dejamos nuestra huella, palimpsesto de la huella de Dios, en las cosas— en el marco de las prácticas seriales? ¿Cómo se diferencia esa labor del trabajo originario que consiste en dar (el) nombre? O bien, ¿cómo es que el trabajo originario de dar (el) nombre se expresa en ese otro que consiste en determinar, precisamente por medio de nombres, las prácticas seriales que constituyen la expresión de la comunidad en cuanto principio articulador de lo social? Ese trabajo específico es el que hemos entendido, incorporado y reproducido, en tanto cada sociedad forma parte de algo mayor, a saber, de una civilización en la que no hay forma de que no esté presente la sentencia colectiva de muerte, es decir, en tanto la realidad que nos rodea de manera irrevocable, parte, asimismo, de una serie de realidades más amplias que, a su vez, tienen sus propias cosas en espera de ser nombradas, es decir, de un «mundo»; ese trabajo, pues, es el que hemos nombrado, a lo largo de la historia, *escritura*.

## 16.

Escritura. La cual, «tan real y masiva como puede ser, no ha sido posible sino con una condición: que el lenguaje ‘original’, ‘natural’, etc., no haya jamás estado intacto, intocado por la escritura, que haya sido siempre, él mismo, una escritura. *Archi-escritura*», insiste Derrida, «de la que queremos acá indicar la necesidad y designar el nuevo concepto; y que continuamos llamando escritura sólo porque ella comunica esencialmente con el concepto vulgar de escritura. Ésta no pudo, históricamente, imponerse sino por la disimulación de la escritura, por el deseo de una palabra cazando a su otro y su doble y trabajando para reducir su diferencia». Así, sin precisar de un soporte, de una materialidad, de una instancia ajena a ella misma, la escritura es el primer trabajo concreto con que el hombre representa su estar en el mundo mediante el producto del trabajo efectuado con la naturaleza nombrada. La escritura, en tanto inscripción, es ese movimiento por medio del cual intentamos franquear el abismo infranqueable.





Queda, por supuesto, abierta la posibilidad de que nada de lo que hayamos tratado de exponer en estas notas esté completo, o siquiera cerca de una aproximación al problema de la relación autor-editor en Occidente, sin considerar la *nominación eváica* en oposición a la *nominación adánica*, central como ha sido para este libro.

El nombre es completamente otro cuando es la mujer quien (se) lo da: *dar(se) nombre*. Así pues, deseamos que este colofón funga como una suerte de invitación para esa autora que, a la manera de lo que propone Macedonio al final de su *Museo de la novela de la Eterna*, se dé a la tarea de continuar el libro —continuación que, a su modo, será una refutación, históricamente inaplazable, de estas notas.

Por medio de un estudio que va de la nominación adánica a las tecnologías de la edición que surgen en Venecia en el siglo xv y se consolidan como el modo de producción hegemónico de libros desde el siglo xviii en Inglaterra, el presente ensayo analiza la relación entre editor y autor en Occidente para construir una idea de la literatura en el marco de las sociedades modernas.

Presentado a la manera de notas de trabajo, el objetivo de este ensayo es relatarle al lector una historia poco contada, pero no por ello menos importante que las que han sido relatadas, acerca de la presencia-ausencia de la literatura en nuestro mundo. Se trata de una historia de las materialidades de la edición, aunque lo es principalmente mediante el estudio de las huellas que en estas dejan las instancias en juego cada vez que se edita un libro en Occidente; historia que se cuenta tratando de asignar con claridad no solo el lugar sino asimismo el poder que les corresponde al autor y al editor, cuya relación social, política y económica ilustra, quizá mejor que ninguna otra relación entre un trabajador libre y un capitalista, los procesos que se presentan en casi todas las democracias en el estricto ámbito de la libertad.

